¿DE DÓNDE VENIMOS...?

Jesús Campos García

El modelo ideal, si es que aún es posible hablar de utopías, sería cultura sin administración, sin patrocinio incluso. ¿Se imaginan si la larga tradición de poderes políticos, económicos o religiosos que, previo pago, se sirvieron de la expresión artística, diera paso a una nueva época en la que, extinguidos los poderes absolutos, el nuevo poder democrático estableciera un sistema directo de apoyo por prestación? No sé si todos, pero seguro que sí hay quien se lo imagina; los partidarios del mercado incluso lo demandan, pero he dicho por prestación, no por consumo.

Si a lo largo de los siglos quienes ostentaron el poder corrieron con los gastos de la creación artística que expresaba al colectivo —aunque, en ocasiones, sólo les expresara a ellos—, parece lógico y deseable que sean los ciudadanos —el nuevo poder— con los menos intermediarios posibles —sin ninguno sería soñar— quienes decidieran qué cultura reconocen como propia.

Cada realidad política genera su propia identidad, y al igual que la consolidación de los estados europeos en el Renacimiento propició el auge de las dramaturgias nacionales, signos determinantes de su identidad, también la España de las autonomías se está dotando de dramaturgias propias que expresan su realidad en proximidad. Como Europa: también el poder comunitario tiene su teatro. La invención del teatro físico (imágenes y sensaciones) está vinculada al deseo de encontrar una expresión que supere las barreras idiomáticas. Y es que estamos asistiendo a una transformación bipolar del teatro europeo paralela a la transformación de su realidad política. Y así, los nuevos poderes (o los nuevos benefactores), en mayor o menor medida, actúan atendiendo a este doble objetivo de propiciar la expresión de lo local y lo supranacional.

Es por esto por lo que resulta sorprendente que el municipio de Madrid, en otro tiempo centro del teatro español y referente fundamental de la dramaturgia europea, ande aún desconcertado entre el casticismo y el esnobismo, sin encontrar las claves de su nueva identidad. El crisol de las Españas, la ciudad abierta, el «foro» que diría un castizo, ni tiene voz propia ni a nadie le preocupa que así sea; «en teniendo» presupuesto para traerse del mundo lo mejor que «haiga», el puñado de ciudadanos que así se satisface ya queda satisfecho. Que los creadores de esta ciudad carezcan de medios para hacer llegar su obra a sus conciudadanos debe ser un tema menor en opinión de nuestros «benefactores municipales», si consideramos la desproporción presupuestaria con que se atiende lo ajeno frente a lo propio. Esa es su potestad, mas no con nuestro silencio.

No parece, sin embargo, que nos movamos en esa dirección; muy al contrario, los poderes elegidos democráticamente operan como vicarios del colectivo, y lejos de propiciar mecanismos que posibiliten la descentralización de las decisiones, procuran perpetuar el modelo absolutista, ocupando temporalmente —qué se le va a hacer— el lugar del prócer benefactor. Así, el despotismo ilustrado con sus distintos modos, grados y matices, viene siendo hasta ahora la mejor opción entre las que se aplican por estos lares. Socorro, socorro, cuando toca despotismo cerril, que también se da.

Ilustrado o no (qué difícil desligar por completo despotismo y poder), de todos los poderes con los que nos gobernamos —comunitarios, estatales, autonómicos y municipales—, parece, por su proximidad, que corresponde a la administración municipal asumir la tarea de formar a la ciudadanía en la convivencia, marco en el que habría que ubicar el libre ejercicio de la creación, comunicación, recepción y disfrute de las obras artísticas.

Y esto es lo que ha ocurrido en la inmensa mayoría de los municipios tras la llegada de la democracia. Tanto es así que en el corto plazo de tres décadas se ha alterado el mapa teatral del Estado proliferando no sólo los locales de exhibición, sino también los centros de producción (públicos y privados) por toda nuestra geografía.

La calidad del teatro importado no puede ser la coartada para justificar semejante despropósito. Madrid necesita recuperar la autoestima que la dictadura centralista le arrebató y recuperar su teatro; un teatro en el que sus ciudadanos se reconozcan sería un modo acorde con sus tradiciones. Hacer ciudad no es sólo pretender olimpiadas, renovar mobiliario urbano o afanarse en otros maquillajes, que también, sino, sobre todo, profundizar en sus tradiciones, y en el caso de Madrid, el teatro es una de ellas; probablemente, la más significativa. Claro que no basta con que los «benefactores» se autocomplazcan festejándose en los palacios de la corte; hay que dar también aliento a las corralas. El futuro no puede ser que el común de los madrileños viaje en túneles sin derecho a paisaje mientras la élite se vanagloria frente a sus escaparates culturales. ■

[continuará en el número 24]